



ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 16 DE AGOSTO DE 1886→

NUM. 242

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



GALERÍA DE MUJERES HERMOSAS

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *El brujo de Alcornocal* (continuación), por D. Juan Tomás y Salvany. — *Insectos y flores*, por don José Rodríguez Mourelo. — *Carta de América*, por A. Tissandier. — *Viaje a Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS. — *Galería de mujeres hermosas.* — *Primera visita del convaliente a la iglesia*, cuadro de Hugo Wehmichen. — *El siete-durmiente*, cuadro de Otto Geller. — *Vapor cargado de balas de algodón en Nueva Orleans.* — *Frensa hidráulica usada en Nueva Orleans para embalar el algodón.* — *Vapor descargado de las balas de algodón.* — *El dato Manobo.* — *Marcha por la costa oriental de Mindanao.*

NUESTROS GRABADOS

GALERÍA DE MUJERES HERMOSAS

Siendo la representación de la belleza uno de los objetos preferentes de toda noble arte, nuestros favorecedores han de estimarnos que aumentemos, con un tipo más, la preciosa colección de verdaderas hermosuras que venimos publicando. Todas ellas son distintas en sus facciones, todas ellas revelan un temperamento propio; y en verdad que si algún inteligente estuviese llamado a convertirse en otro París para hacer presente de la manzana a la más digna de ella, difícil había de serle hacer justicia con general aprobación. Con las mujeres bellas hay que hacer lo que con las flores: entre la rosa y la camelia, entre el clavel y la magnolia, mejor que escoger la más bonita, es hacer un ramillete con todas ellas.

PRIMERA VISITA DEL CONVALECIENTE A LA IGLESIA, cuadro de Hugo Wehmichen

Mucho se declamará contra las prácticas religiosas; gran número de espíritus fuertes pondrán en ridículo a los débiles de corazón que cometen la inconveniencia de creer en Dios... ¡Inútil tarea!... El hombre siente la necesidad de creer, hasta tal punto que la convicción de lo sobrenatural es en él lo más natural dentro de su manera de ser. El padre lleva su hijo recién nacido al templo, no ciertamente insinuando una costumbre, sino porque su afecto le hace comprender la necesidad de proporcionar a su hijo amado una protección más eficaz, más incontrastable que la de su padre mismo. De igual manera, cuando se ha visto la muerte de cerca y se ha recobrado la salud perdida, a despecho de diagnósticos equivocados y de remedios más que dudosos, el primer impulso del convaliente es dar gracias a Dios, cuya bondad suple la deficiencia de las pocimas. «El hombre es el único animal adorador», ha dicho un filósofo naturalista; y el más terrible de los revolucionarios franceses añadía: «Si Dios no existiese, tendríamos que fabricarlo.»

En la piadosa costumbre de visitar el templo después de una enfermedad aguda, se ha inspirado el autor de nuestro cuadro, produciendo una obra de buena impresión y verdaderamente notable en algunos detalles. La figura menos atendida es quizás la del protagonista; pero en cambio la de su hermana se capta desde luego la atención y simpatía del espectador. Las dos criaturas del primer término son deliciosas, y el conjunto respira una tranquilidad, un bienestar del alma, que nos da ganas de orar donde oran los que tienen la dicha de creer y de esperar en Dios.

EL SIETE-DURMIENTE, cuadro de Otto Geller

Caprichoso y aun algo rebuscado es el título de este cuadro. Para comprender su intención, bastante epigramática, hay que recordar aquel pasaje de la historia eclesiástica en que se refiere que siete hermanos, murados dentro de una caverna en tiempo de la persecución de Decio, fueron encontrados profundamente dormidos reinando Teodosio el Joven. De suerte que los siete hermanos durmieron nada menos que un sueño de cuarenta años; de lo cual les viene ser conocidos con el calificativo, verdaderamente apropiado, de *los siete durmientes*.

Conocida la tradición religiosa, se comprende el significado del cuadro. El pastor se ha dormido, se ha dormido tan profundamente, que se le ha pasado la hora de salir a apacentar su rebaño. En vano las ovejas balan en torno del lecho y manifiestan su justa extrañeza por la falta de consideración con que son tratadas: el joven pastor ha cogido el sueño de *los siete durmientes*, y según duerme a pierna suelta, parece no ha de despertar hasta que sene la trompeta del juicio. Es un verdadero competidor de los siete hermanos.

El cuadro de Geller es de una ejecución acabada. El lugar de la escena, la figura del pastor, el rebaño, todo, en fin, demuestra el buen talento y la precisión con que el artista ha estudiado los objetos reproducidos. Hay, además, en esta obra un feliz concierto de realismo y de poesía bucólica que, sin disminuir en lo más mínimo la verdad de la situación pintada, le quita indudablemente una parte de su rústica crudeza. Geller es un artista que ve las cosas a través del cristal de una bella arte.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON J. TOMÁS SALVANY

(Continuación)

Por lo que toca al vecindario, no hace falta decir que en su inmensa mayoría componíanlo labradores, viniendo a constituir la plana mayor de aquel pequeño ejército de campesinos el susodicho D. Ramón, el padre cura, el médico, el boticario, el maestro de escuela y el albéitar, con el triple carácter este último de herrador, sangrador y sacamuélas, no, a mayor abundamiento, sin pretensiones de poeta, según lo acreditaba un mugriento tarjetón que, colgado de su puerta, en estrofarlos caracteres decía como sigue:

Rufo, albéitar, sangrador.
Se extraen muelas, raigones,
Y se hacen operaciones
De cirugía menor.

Tal era, descrita a grandes rasgos, la aldea de Alcornocal, durante el verano del año de gracia de 1877, época en que logra su comienzo nuestra tan singular cuanto verdadera historia.

II

La plaza de Alcornocal, al parecer cortada a medida para los alcornocales, pues toda la población cogía en ella holgadamente, y aun sobraba espacio para las bestias, venía a ser, si así puede decirse, la Puerta del Sol de

nuestra aldea. Su figura geométrica era la de un cuadrado imperfecto, no siendo del todo iguales los cuatro lados ni rectos del todo los cuatro ángulos. Ocupaba uno de los primeros, el fronterizo a la calle Mayor, antes descrita y cuyo nombre no revelaba allí gran inventiva, la casa Consistorial con sus dependencias; a la izquierda, la iglesia pegada a la vivienda del padre cura, con la cual se comunicaba interiormente; al lado opuesto el palacio ó sea la morada de D. Ramón del Soto, que llenaba toda la manzana, con esquina a la calle transversal, llamada del Alcornoco por el barranco de los mismos en que terminaba. Los demás edificios, complemento de la plaza, quedaban reducidos a un café, un estanco, una tienda de comestibles, otra de ropas, una confitería y algunas viviendas particulares, pertenecientes a los vecinos más acomodados del pueblo. Tenía, como la Puerta del Sol, adoquinado, si bien más tosco y desigual; al pilón lo sustituía un pozo de ancho brocal, con dos pilastras de ladrillo, unidas en la parte superior por un madero del cual pendía la garrucha sosteniendo la soga en uno de cuyos extremos, siempre húmedo, veíase la cadenilla destinada a sujetar el cántaro de cobre ó de hoja de lata.

La constante animación del centro madrileño hallaba en la plaza de Alcornocal débil remedo en determinadas ocasiones. Era una de éstas la de las diez de la mañana de un domingo de setiembre, hora en que por celebrarse la misa mayor, casi todos los vecinos, de paso para la iglesia, concurrían a la plaza, donde antes y después de la solemne ceremonia, solían detenerse a tratar de los asuntos propios y también de los ajenos, ya con la rústica sencillez, ya con la zafia malicia que les eran peculiares.

A la hora y día susodichos, varios grupos, entre los cuales sobresalían por sus trajes y maneras el de la plana mayor del pueblo, llenaban el espacio comprendido entre la iglesia y el palacio, produciendo con sus múltiples conversaciones un rumor semejante a un salto de agua lejano ó al zumbido de un moscardón chocando con los cristales de una ventana en estrecho aposento sin salida. En corrillos veíanse allí los labradores conversando alegremente, luciendo sus ajustados trajes domingueros de vistoso terciopelo con botones de metal, con el cigarro en la boca muchos, con un clavel detrás de la oreja algunos, casi todos con el flamante gorro colorado descansando sobre el hombro izquierdo y la chaqueta pendiente del derecho, cruzados sobre el ancho pecho los nervudos brazos, las piernas abiertas y combadas, como echando raíces en el suelo y queriendo reventar cada pantorrilla la lana ó la seda bajo la cual se hinchaba. Aquella reunión popular al aire libre, fatal y espontánea a un tiempo, venía a constituir una especie de lonja rústica, donde se contrataban jornales y se vendían productos agrícolas, donde se discutían y comentaban el tiempo y la próxima cosecha, el precio que alcanzarían el vino y el aceite, la escasez ó la abundancia de aguas de riego con los medios conducentes a su más útil aprovechamiento.

Entre tantas y tan parecidas conversaciones, interesaba por lo excepcional la de un corrillo compuesto de cinco ó seis campesinos, no lejos del que formaban el alcalde, el médico, el boticario y otras personas de viso en Alcornocal, si se descarta a D. Ramón del Soto, quien a la hora referida no había salido aún de su palacio.

— ¿Es cierto eso, Isidro? — preguntaba, estupefacto, uno de los aludidos campesinos.

— Mal rayo me parta, Blas, y Dios me arranque esta lengua pecadora, si mintió a sabiendas. Mejor quisiera ver malograda por el granizo la cosecha de mi viñedo, que calumniar al prójimo. Pues bien, ó yo no sé lo que me pesco, ó brujo y muy brujo es D. Ramón.

— ¡Jesús! — exclamaron a coro, santiguándose, los interlocutores de Isidro.

— Es decir, — prosiguió el llamado Blas, — que nuestro señor de Soto...

— Tiene pacto con el diablo... Estos lo han visto, — repuso bajando la voz y acercando a los ojos las yemas del índice y del cordial de la mano derecha.

Un estremecimiento de terror conmovió el corrillo.

— ¿Y qué es lo que viste? — se atrevió a preguntar un rústico nervioso y delgado, de ojos chispeantes.

— Vi y oí, — respondió Isidro, mirando con recelo en torno suyo. — Escuchadme. Ya sabéis que mi mujer padece un golondrino en el sobaco izquierdo. Anoche se acabó el ungüento, y poco antes de las ánimas, tuve que venir por él a la botica. Como me dijese el boticario que no lo tenía hecho y volvíese dentro de un rato, le dejé mi jicara y salí a la plaza. Era el plenilunio; la noche estaba casi tan clara como el día. Con intención de tomar el fresco y echar un vistazo a mi viñedo, mientras me despachaban en la botica, tomé por esa calle.

— ¿La del Alcornoco?

— Sí. Ya sabéis que el palacio se extiende a lo largo de la calle y que sus ventanas traseras caen al barranco.

— Todo Alcornocal lo sabe.

— Pues, al llegar allí, sonó una voz extraña sobre mi cabeza.

— ¿Y qué dijo?

— No lo entendí; pero levantando los ojos, pude ver alumbrada y abierta de par en par una de aquellas ventanas. Volvió a sonar la voz; bajé la vista que fué a caer al otro lado del barranco, y entonces, a la luz de la luna, ví otra cosa todavía más extraña.

— ¿Qué... qué viste? — preguntaron todos agrupándose aún en torno de Isidro.

— Tendidas sobre la viña, al otro lado del barranco, largas y medrosas, ví dos sombras, la del brujo y la del diablo.

— ¡Jesús, María y José!

— El brujo, es decir, D. Ramón, porque era él, traía puesta una bata, la cabeza descubierta y los pelos de punta; el diablo...

— ¡Ave María Purísima!

— El diablo junto a él, sobre una mesa, estaba en cucullas, con la boca muy abierta, pareciéndose unas veces a un cañón de artillería, otras a un sapo en el momento de saltar sobre su presa.

Los compañeros de Isidro daban diente con diente, y hechos una piña en torno de él, sus cuerpos se estremecían, como al impulso de una corriente eléctrica.

— ¿Y qué hacían? — preguntó Blas.

— Yo entonces quise huir; pero la curiosidad pudo más que el miedo, y haciendo la señal de la cruz y rezando un Ave María a la virgen del Carmen, que me acompaña en este escapulario, arrimado a la pared del palacio, debajo de la ventana de aquellos dos condenados, envuelto en la sombra para no ser visto del espíritu maligno, me puse a escuchar, el oído atento y la mirada fija en la viña alumbrada por la luna. Entonces la sombra del brujo se inclinó sobre la del diablo y le dijo al oído no sé qué; sonó un ruido de huesos ó de escamas, y casi al mismo tiempo, estas palabras que, la Virgen no me ampare si miento, oí con toda claridad: *Soy un diablo del otro mundo.* — Espíritu del Averno, — replicó entonces D. Ramón, — espíritu del Averno, ¿por qué me persigues en éste?

— Y el diablo, ¿qué contestó?

— Nada; se burló del brujo, remedándole. Su voz era ronca y gruesa, como salida de las entrañas de la tierra; el aire olía a azufre, el diablo jugueteaba con el rabo entre las piernas, y en cuanto a D. Ramón, a pesar de su brujería, conocí que no las tenía todas consigo. Yo temblé también, echando a correr como alma en pena. Al volver a la botica en busca del ungüento, mi cara debía ser la de un difunto, porque el boticario me preguntó si me había sucedido algo; le dije que acababa de encontrar un lobo, y me dió a beber una medicina que sabía al mismísimo demonio de D. Ramón.

— ¡Es espantoso! — dijo uno de los labriegos.

— A mí no me llega la camisa al cuerpo, — añadió otro.

— Será cosa de avisar al señor cura, — concluyó un tercero.

— Nada de eso por ahora, — repuso Blas; — esas cosas son muy expuestas, y el diablo, aunque separado del brujo, pudiera tomar venganza en el delator.

— Dios nos libre.

— Amén.

— ¿Desde cuándo está poseído D. Ramón del espíritu maligno?

— Probablemente desde que vino de América, — contestó Isidro.

— ¿Y hay diablos en América?

— Más que aquí. Nunca nos enviaron cosa buena.

— ¿Y há mucho que D. Ramón vino de allá?

— Un mes escaso. Ya sabéis que el brujo vive en la corte, que viaja mucho y sólo pasa en Alcornocal una parte del verano.

— Dí del otoño, pues viene a la vendimia.

— ¿Y está muy lejos eso?

— ¿Cuál?

— América.

— Yo no sé; dicen que cae en el otro mundo; primero hay que pasar esas montañas, luego toda la provincia, luego toda España, luego el mar, en seguida...

— ¿Y no se muere uno antes de llegar allá?

— Algunas veces.

— Pacto es preciso tener con el diablo para hacer ese viaje.

— Pues... D. Ramón ya no es un niño.

— Por eso...

— Cierto, nadie mejor...

— ¡Ahora caigo! — dijo Isidro dándose en la frente una palmada. — Sí, amigos, mi mujer, el mes pasado cabalmente, hallándose una noche asomada a la ventana por la parte del barranco, al dar las ánimas, vió venir un brujo por los aires, montado en una escoba.

— Sería él, D. Ramón.

— ¿Quién había de ser sinó?

— Silencio, ahí está.

En efecto, un caballero de unos cincuenta años, de aspecto bondadoso y mirada inteligente, vistiendo chaquet y pantalón de color, chaleco blanco y sombrero de jipija pa, salía en aquel momento del palacio, dando el brazo a una hermosa dama como de treinta años, elegantemente vestida y en todo el esplendor de su hermosura, a cuyo lado se veía un joven petimetre de traje y de modales cortesanos que, unidos a su figura distinguida y estúpida a un tiempo, recordaban a un socio del Veloz-Club ó de la Peña. Los tres cruzaron la plaza con dirección a la iglesia, saludando de paso a los alcornocales en aquella reunión. Al pasar junto al grupo de nuestros campesinos, éstos, agitados y temblorosos, con disimulo clavaron los ojos en el suelo y más de una mano pugnó por levantarse a hacer la señal de la cruz.

— A quien compadezco es a su señora, — dijo uno, — tan guapa... parece un ángel.

— Y ese señorito que les acompaña ¿quién será? — preguntó otro.

— Él, el diablo tal vez, — contestó Isidro; — ya sabéis que el espíritu maligno se disfraza cuando quiere.

— Y ella ¿no sabrá nada? ¡Pobrecilla!

— Se han detenido a hablar con el señor alcalde y los del corro... Ya entran en la iglesia. ¡El diablo en misa! Hum, aquí va a pasar algo.

- Pues á mí, - dijo el más nervioso de los labriegos, - que me emplumen si creo en la brujería de don Ramón.
 - ¿Por qué lo dices?
 - Porque los brujos no van á misa.
 - ¡Ta, ta! - replicó Isidro; - van cuando les conviene, á jugar á los santos alguna mala pasada, de embajadores del diablo; ó así va D. Ramón ó no coja yo un azumbre de mi vino.
 - Convendría avisar al señor cura.
 - Todavía no, - repuso Blas, - tengo una idea.
 - Dila.
 - Esta tarde en el café. La campana nos llama y el alcalde y sus amigos entran en la iglesia; vamos á misa ahora.
 - Y si...
 - No temáis, nada ocurrirá.
 - Lo dijo Blas...
 Un momento después, la plaza de Alcornocal quedaba desierta.

III

Conforme había asegurado Blas, la misa mayor fué devotamente rezada, sin que el diablo manifestara en modo alguno su presencia. Terminada la ceremonia, la plaza se volvió á llenar de concurrentes hasta la una, hora en que aquellas buenas gentes, después de dársele al alma, daban al cuerpo el sustento apetecido. D. Ramón del Soto, su esposa y el petimetre, saliendo de la iglesia de igual manera que los vimos entrar en ella, se dirigieron al palacio. En cambio la plana mayor de Alcornocal, dando escolta al alcalde, comenzaron á pasear á lo largo de la plaza, en animada conversación, deteniéndose maquinalmente á ratos, gesticulando con energía, ya hablando todos á un tiempo, ya escuchando todos hasta quitársela al único que llevaba la palabra, sin cuidarse poco ni mucho de los ojos de los circunstantes, con frecuencia amenazados por las conteras de los bastones que enristaban sus sobacos.

- Para mí, - interrumpió el boticario, parándose bruscamente en medio de sus compañeros, - algo extraordinario ocurre en casa de D. Ramón.

- ¿En qué se funda V. para creerlo? - preguntó el alcalde.

- Primero en su retraimiento desde que regresó de su último viaje; ya no nos acompaña todas las noches al tre-sillo según acostumbraba.

- Esa no es razón, - objetó el médico; - desde que está con su mujer y tiene un huésped, naturalmente, pasa las veladas en familia. Además, él nunca fué gran jugador.

- Después, - prosiguió el farmacéutico, - la otra noche, convidando á ello la luna, tuve la humorada de salir con mi practicante á dar un paseo por la orilla del barranco.

- ¿Y qué? - dijo el maestro de escuela.

- Al llegar al pie de las ventanas del palacio, oímos voces y ruidos temerosos, como de una disputa acalorada, próxima á pasar á vías de hecho.

- ¿Y entendieron Vds. algo? - interrogó el albéitar.

- Distintamente, sólo estas palabras: - ¡Voy á arrancarte el alma, infame seductor! - En cuanto á lo demás, todo se reducía á imprecaciones y amenazas, propias de hombres dispuestos á reñir mortal combate.

- ¿Quién las profería?

- Dos eran los interlocutores; en uno de ellos poco hubo de costarnos reconocer á D. Ramón. Por lo que toca á la otra voz, ronca y de bajo profundo, por más vueltas que le dimos, no atinamos de quien fuese.

- ¿Cosa más particular!...

- No es esto todo, sino que la luz de la luna proyectaba sobre la viña de enfrente, al lado opuesto del barranco, la forma larguirucha de nuestro compañero junto á la de un ser extraño, algo semejante á una rana ó á una escoba, mientras aquél manoteaba y se movía como un poseído.

- ¡Ja, ja, ja!

- Señores, no es que yo crea en brujas ni en aparecidos... ¡no faltaba más! Con todo, aquello necesita una explicación que yo no encuentro.

- ¿Y no subieron Vds. á casa de D. Ramón? - preguntó el médico.

- ¿Tampoco saben Vds. si al fin vinieron á las manos? - añadió el alcalde.

- Ni á lo uno ni á lo otro puedo contestar, - prosiguió el boticario, - porque cuando me decidía á lo primero, como la botica se halla á un paso del barranco, fueron á llamarme á mi casa para la confección de un medicamento tan urgente como arriesgado. No me atreví á fiárselo al practicante y le propuse subir al palacio con cualquier pretexto; más al chico no le llegaba la camisa al cuerpo y se negó á verificarlo. Señores, hay más aún: Isidro, el propietario de la viña inmediata al barranco, estuvo anoche en la botica por un unguento, y como éste exigiese alguna preparación, le ordené volver dentro de diez minutos. Pues bien, á la vuelta traía la cara como un difunto. Al preguntarle la causa, me contestó que había visto las orejas al lobo; pero yo sospecho que lo que vió y oyó fué lo mismo que nosotros. En cuanto á D. Ramón, no es probable que le aconteciera ninguna desgracia; todos acabamos de verle tan orondo.

- Otro tanto puede decirse de su esposa.

- Y del pollo cortesano.

- Señores, ¿quieren Vds. oír lo que yo creo? - repuso el médico.

- Somos todos oídos.

- Pues, con franqueza, que el de Soto va á necesitar en breve de mis servicios, ya que, por lo visto, está chi-

flado. La chifladura, señores, es la primera manifestación de la locura.

- Más bien creo yo otra cosa, - rectificó el albéitar.

- ¿Y es?...

- Que D. Ramón tal vez sorprendería con el petimetre á su mujer, con lo cual nada tiene de extraño que se armase allí la gorda; él le dobla á ella la edad y las mujeres...

- ¡Imposible! - replicaron todos, - acaban de pasar los tres á partir un piñón.

- No se fíen Vds. de las apariencias; el escándalo asusta al más templado, las conveniencias sociales se imponen en ciertas ocasiones. Pudiera muy bien ser...

- Doña Rosario goza fama de virtuosa, - argumentó el alcalde.

- Y con razón, - añadieron todos menos el albéitar.

- Sí, cobra fama y échate á dormir, - concluyó este último entonando la frase.

- Pero... vamos á ver, ¿sabe V. algo?

- ¿Yo? ni esto

- Pues entonces...

Un dependiente de la autoridad, saliendo de la casa Consistorial, llamó aparte al alcalde y habló con él breves momentos.

- Señores, - profirió éste, - la conversación de Vds. es tan agradable que me distrae de mis deberes; olvidaba que tengo citado al pirotécnico de Riafría para la fabricación de los fuegos que han de quemarse por San Cosme y San Damián, patronos de Alcornocal. Queden ustedes con Dios y no murmuren del prójimo.

- ¡Diantre! - exclamó el médico, - ¡las doce y media y mi enfermo sin asistencia! ¡Abur, señores!

- Oiga V., ¿en qué quedamos? - le gritó el boticario.

- ¿Sobre qué?

- Sobre lo que estábamos hablando.

- Por mí, queden Vds. como quieran; yo doy tiempo al tiempo; lo que fuere sonará, - respondió el facultativo, ya próximo á la embocadura de la calle Mayor.

Y como estas últimas palabras hubiesen llamado la atención de algunos paseantes, que volvieron la cabeza, el resto de nuestros interlocutores reanudaron en voz baja la interrumpida conversación.

No habían transcurrido diez minutos, cuando un alboroto desusado en Alcornocal, cundiendo á lo largo de la calle Mayor y tomando á cada instante más ruidosas proporciones, vino á sobresaltar á cuantos se hallaban en la plaza.

- ¡Allá va! ¡Cuidado con él, cuidado con él! - gritaban muchas voces.

Y el caso á la verdad no era para menos. Un novillo de una vacada que se hallaba pastando en las cercanías, partidario tal vez de una emancipación extemporánea, había penetrado en el pueblo y campaba por su respeto á lo largo de él, dirigiéndose á la plaza, muy dispuesto, según se desprendía de su actitud, á no dejar títere con cabeza. El rabadán le seguía jadeante, dando voces que secundaban los vecinos, mientras la fiera, repartiendo cornadas á diestro y siniestro, intentaba derribar cuanto á su paso se oponía.

En un abrir y cerrar de ojos, todo Alcornocal quedó convertido en un campo de Agramante, la plaza en circo taurino y los alcornocales en Lagartijos y Mazantinis forzados. En la calle Mayor, que por ser casi la única era bastante extensa, susto general, corridas de personas y bestias, voces de hombres y mujeres, llores de niños, gruñidos de cerdos y cacareos de gallinas, cierre de puertas, vuelcos de sillas, tañidos casuales de campanillas y cencerros, alternando todo ello con los frecuentes mugidos de la fiera, repercutidos á intervalos por los ecos de las próximas montañas, componían una sinfonía exótica y salvaje, tan inimitable como digna del oído inculto del hombre primitivo. En la plaza deshiciéronse los grupos como banda de gorriones á la pedrada de un pilluelo; cerráronse todas las puertas con estrépito, y algunos paseantes morosos ó descuidados, sin tiempo para guarecerse en los edificios, quedaron poco menos que incrustados en las paredes, confundidos algunos con las cariátides del palacio, sin otra señal de vida que un nervioso temblor agitando sus cuerpos convulsivos. Casi instantáneamente, cruzando un tren aquella región desheredada, la locomotora lanzó un fuerte silbido en son de burla contra aquellos infelices, y los vagones, al rodar sobre un puente que salvaba el río, traquetearon produciendo un ruido estridente que bien pudiera tomarse por la carcajada del progreso en las barbas desgredadas de la barbarie.

En tanto el novillo, furioso y resoplante, al llegar á la embocadura de la calle, topó con un asno abandonado en el tumulto, arremetióle en un decir Jesús, y mezclándose mugidos y rebuznos, lo abrió en canal de una cornada. El rabadán, mozo fornido y alto, aprovechando un descuido de la fiera distraída con su víctima, cerró con ella agarrándola de los cuernos y haciendo esfuerzos inauditos para derribarla, hasta que venciendo el bruto al hombre, lo despidió de una fuerte sacudida, dejándolo en tierra ensangrentado y polvoriento. Acto continuo la fiera penetró en la plaza; cuadróse en mitad de ella, alta la cerviz, hinchadas las narices; arañó el suelo con las pezuñas de las manos y lanzó en son de reto un mugido precursor de nuevas fechorías.

Entonces el alcalde, asomado al balcón consistorial entre dos concejales, gritó con todos sus pulmones:

- Vecinos de Alcornocal, ¿seremos tan cobardes que nos rindamos todos á un becerro?...

Apenas hubo proferido estas palabras, dos guardias ru-

rales, única fuerza pública con que contaba la población, bajaron arma al brazo hacia la plaza. En el mismo instante, todas las puertas, como bocas ahítas, se abrieron vomitando labriegos armados de palos y aperos; quién empuñaba la reja, quién la azada, quién el rastrillo, éste una piqueta, aquél un asador; muchos con ánimo de capear al bicho, salieron medio envueltos en la percalina roja y amarilla de las colgaduras con que en las grandes festividades engalanar solían sus ventanas.

Los guardias rurales, en actitud de apuntar á la fiera, permanecieron indecisos, no atreviéndose á hacer fuego por temor de herir á algún vecino. Todos, enarblando sus útiles convertidos en *trastos*, haciendo muletas de las colgaduras, cerraron contra el animal, que acosado de tal suerte, arremetió con ellos y derribando á unos y contundiendo á otros, magullado él también, abrióse paso entre una nube de polvo hacia la calle del Alcornocal, seguido en tropel de los improvisados diestros.

El novillo, que era de pies y corría como fiera perseguida, detúvose bruscamente al llegar al borde del barranco; quiso retroceder, más impidiósele una muralla de gente parapetada tras otra muralla de armas amalgamadas. Incierto el animal entre retroceder ó despeñarse, volvió á arañar el suelo con fiera y lanzó un nuevo mugido.

- No hay nadie enfrente... ¡Esa, esa es la ocasión de darle un tiro! - gritaron varios labriegos dirigiéndose á los guardias.

Los aludidos, apercibidas las escopetas, avanzaron entre la multitud que se estrujaba por abrirles paso. Pero antes que tuvieran tiempo de apuntar, abrióse una ventana del palacio, sonó una detonación, y el toro, retrocediendo de improviso, después de trazar un arco con el testuz, cayó redondo al suelo como si lo descabellara Lagartijo. Todos instintivamente alzaron los ojos á la ventana y vieron en ella al petimetre empuñando una carabina Remington, humeante todavía.

- ¡Soberbio tiro!

- ¡Vaya una puntería!

- ¡Ole por el señorito! - prorrumpieron alternativamente muchas voces.

El héroe de la aventura hizo con la mano un saludo militar en señal de gratitud, y dejando á un lado la carabina, trabó conversación con D. Ramón y su mujer, quienes se habían acercado á la ventana á presenciar lo que ocurría.

En un momento casi todo Alcornocal, hombres, mujeres y niños, rodearon el cadáver de la fiera, y habiéndole atado á los cuernos y cerviz algunas cuerdas, y tirando de ellas á porfía, procedieron á un triunfal arrastre por las calles y plaza del lugar, entre remolinos de polvo y estruendosa vocería.

Isidro y Blas, con sus compañeros de corrillo, permanecieron en la plaza comentando el caso, según el leal saber y entender que á su limitada inteligencia convenía.

- A mí no me la pegan, - murmuraba el primero; - todo eso ha sido obra del brujo; Dios y la Virgen nos amparen, no presiento cosa buena; él azuzó la fiera, él la mató; ese toro era el diablo, el enemigo de Dios y de los hombres.

- Pero, ¡si el diablo no se muere ni le matan nunca! - objetó un rústico.

- Ha muerto como toro, no como espíritu maligno, - observó Isidro.

Sus interlocutores menearon la cabeza, no creyendo ó no explicándose una muerte tan compleja.

- Oíd y lo entenderéis, - repuso el campesino; - ¿es cierto que el diablo se disfraza cuándo y cómo quiere?

- Sí, sí.

- Pues bien, esta vez se ha disfrazado de toro, mejor dicho, se ha metido en el cuerpo de esa fiera...

- ¿De suerte que la fiera tenía el diablo en el cuerpo?

- Eso es. El petimetre de un tiro ha matado á la fiera, y el espíritu, no teniendo ya dónde aposentarse, ha volado á otra parte, sano y salvo como antes. ¿Lo entendéis ahora?

- Perfectamente; como, cuando nos morimos, nuestro cuerpo y nuestra alma se separan, muerto el uno, viva la otra.

- Las fieras y los malvados, - observó Isidro, - todos tienen el diablo en el cuerpo; por eso hacen daño, por eso van al infierno después de muertos.

- ¿También las fieras se condenan? - preguntó uno de los labriegos.

- ¡Qué duda tiene! ¿No viste nunca serpientes, dragones y otras alimañas, acompañadas de los demonios en los infiernos que nos pintan?

- Sí que los ví.

- Pues aquellas son fieras condenadas como el toro que ha matado el petimetre.

- ¿Y adónde habrá ido ahora el espíritu maligno?

- Eso debe de saberlo el brujo.

- Si avisáramos al señor cura.

- De ningún modo, ¡ya os he dicho que tengo una idea! - interrumpió vivamente Blas, quien hasta entonces había permanecido meditabundo.

- ¿Una idea?

- Sí, un plan.

- ¿Y cuál es?

- Muy sencillo, darle una paliza.

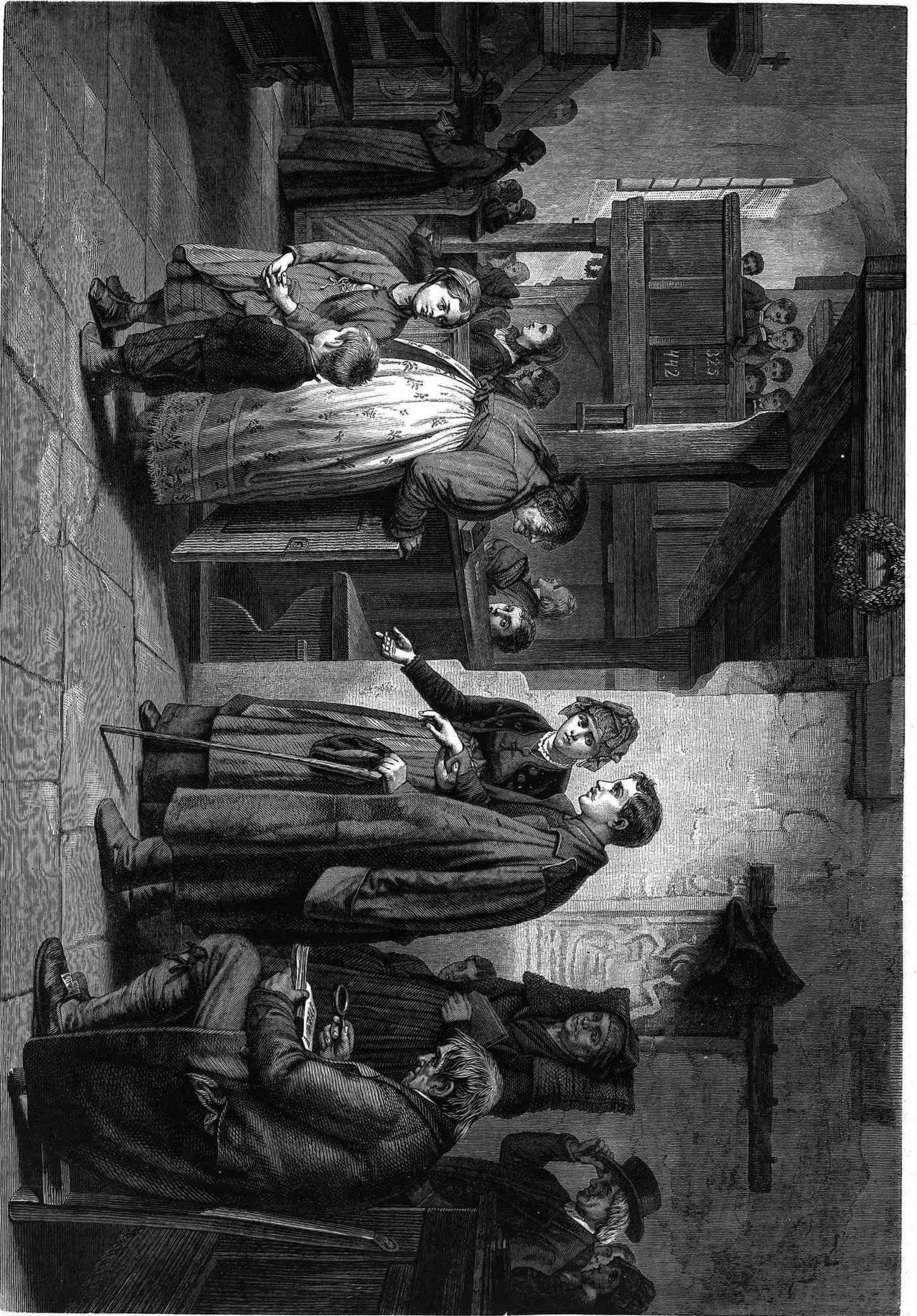
- ¿A quién?

- Al diablo.

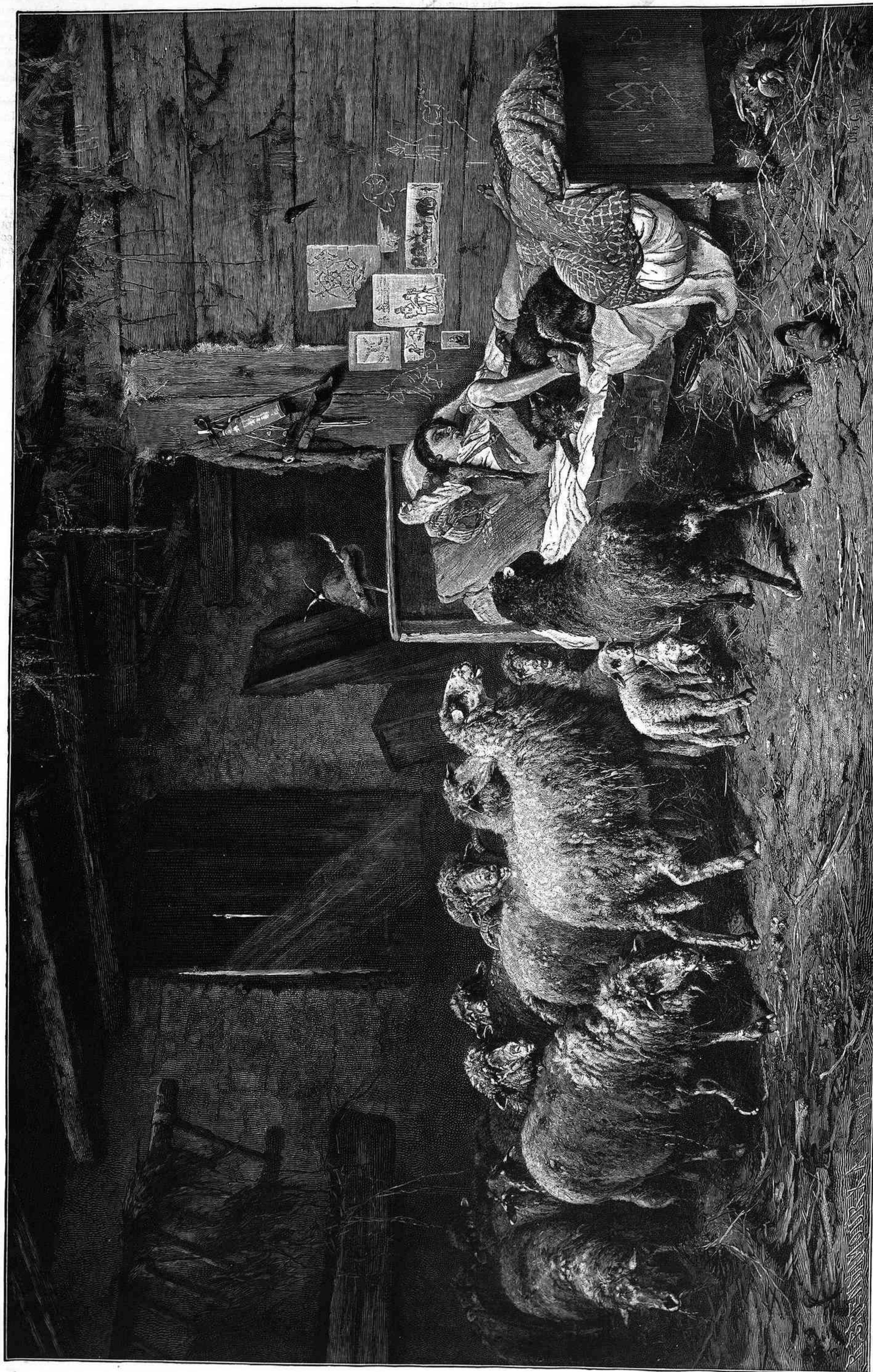
- ¡Al diablo! ¡Imposible!

- Ya veréis.

- ¿De qué manera?



PRIMERA VISITA DEL CONVALECIENTE A LA IGLESIA, cuadro de Hugo Wehmichen



EL SIETE-DURMIENTE, cuadro de Otto Gelle

- Aguadadme en el café esta tarde y hablaremos. Como seais hombres de pelo en pecho, yo os lo fio, ni el brujo ni el diablo han de volver á molestartos.

- A fe que no faltará.

- Ni yo.

(Continuad)

INSECTOS Y FLORES

Acontece á menudo despreciar lo pequeño, no poner atención en su utilidad, ni parar mientes en su verdadero papel. También sucede á muchos que miran superficialmente los hechos que á su vista pasan, no reconocen sino lo exterior de las cosas, fijándose poco ó nada en que el hecho natural más insignificante, sobre explicar otros fenómenos y ser fuente de aplicaciones prácticas, lleva dentro de sí una ley suprema que es necesario investigar y descubrir.

Por fortuna la naturaleza presenta de continuo en su evolución perennes ejemplos infinitos de solicitud con lo pequeño, ya proveyendo á sus necesidades, como madre solícita y cariñosa, ya juntando y reuniendo la labor individual y el débil esfuerzo de sus más insignificantes hijos para ofrecerlo á la contemplación de los grandes, según acontece con el trabajo incandescente é inmenso de los foraminíferos, ya aprovechando lo pequeño en sus obras perfectas y sublimes, en los momentos de multiplicación de los seres, en establecer relaciones y enlaces entre las familias y aun en la fabricación de galas y adornos que deben ostentarse en las fiestas de la primavera ó en las misteriosas nupcias de las flores.

En esto, que puede calificarse de relaciones de seres y aún de evolución, en cierto sentido, los organismos, si insignificantes por tamaño, bastante adelantados en la escala general de la creación, gozan importantes privilegios, á la par que cumplen funciones admirables. Buena prueba de ello se encuentra en el ya clásico estudio del egregio naturalista Darwin acerca de la fecundación de las orquídeas por los insectos y en la relación de los colores de éstos con los de las flores, acerca de cuyo punto pueden hoy citarse muchos y curiosos fenómenos, que habré de examinar, en conjunto, en el presente artículo. Mas antes de entrar de lleno en el asunto, he de manifestar que reconozco en los seres todos y en la naturaleza misma un como instinto ó sentido á desdoblarse y manifestarse en mil formas diversas, á la manera que las flores encerradas en el capullo ábrense en la primavera para ostentar las bellezas de la corola, ó como los frutos dehiscientes tienen la propiedad ó fuerza expansiva en cuya virtud rompen el pericarpio y dejan caer la semilla, entregándola confiados al maternal cuidado de la tierra. Este como anhelo y necesidad de reproducirse explica multitud de actos y fenómenos inexplicables de otra suerte, y aun la misma adaptación al medio y el modificarse una especie cuando no puede perpetuarse en determinada forma, parécenme á modo de manifestación de esta fuerza que es al cabo el carácter de la naturaleza misma transmitido á sus hijos todos.

En este sentido el papel de lo pequeño, el trabajo de esos diminutos seres que pululan por todas partes, es sobremano importante. Hay una planta delicada que vive bajo las aguas, es monoica y la flor masculina crece en las orillas de los ríos. Cuando llega la época de la florescencia, el individuo femenino asciende á la superficie de las aguas, allí abre el botón de su flor y si un insecto no deposita el polen que adherido á sus patas lleva del individuo masculino, no puede haber fecundación, pero al tocar el animal la flor acuática, ciérrase y torna al fondo de las aguas ya fecundada. Este hecho, cuya observación, sobre ser curiosa é importante, es agradable en extremo, constituye uno de los casos más sencillos de este trabajo de los insectos y puede servirnos á modo de punto de partida en el examen de sus relaciones con las flores.

Cuando no se hallan los individuos masculinos y femeninos en un mismo pie de planta la fecundación verifícase por dos medios distintos, á saber: el aire y los insectos, y es realmente cosa notable examinar los caracteres de las flores fecundadas por cada uno de estos dos medios.

En un estudio muy importante acerca del particular, recuerdo haber leído una muy ingeniosa comparación, que puede dar idea de ambos medios y á la par de la solicitud verdaderamente maternal de la naturaleza. Supóngase que se trata de mandar á Europa desde América una cantidad de trigo; podría hacerse—y esto fuera lo más primitivo y elemental—arrojando el grano al mar, confiándolo á la corriente del Golfo, seguros de que llegaría porción insignificante, ó bien embarcándolo en un vapor, de cuya manera las pérdidas serían escasísimas. Estamos en un caso parecido al primero en la fecundación de las flores femeninas por el aire y se asemeja al segundo la fecundación por los insectos. Realmente son estos los procedimientos naturales y conviene fijarnos en la manera cómo se efectúan y en las relaciones que establecen entre las flores y los medios de fecundación, en cuyo asunto se comprenden los siguientes puntos:

Condiciones de las flores y caracteres esenciales, según se fecunden por el aire ó por los insectos (colores, inflorescencias, formas de las flores).

Relación del color de las flores y el de los insectos que las fecundan.

Papel de los olores, esencias y demás productos segregados.

Elección de los insectos de ciertas partes coloreadas.

Respecto del primer punto hay que notar cómo las flores fecundadas por polen que arrastra el aire están siempre en ramas altas y muy al descubierto. Los cálices son rudimentarios generalmente, las inflorescencias en racimo y otras formas por el estilo, únense con frecuencia para ofrecer gran superficie. Son casi siempre de color blanco, verde ó con matices poco definidos y de continuo claros; ninguna cubierta especial protege los órganos sexuales, antes por el contrario, halláanse al descubierto y como desnudos, los masculinos para abandonar con presteza el polen, los femeninos á fin de recogerlo cuando hasta ellos lo lleve una corriente aérea. Todo en estas flores es visible y nada permanece encerrado ó protegido; confiadas en el inconstante viento, á merced de sus corrientes abandonan los gérmenes, de los cuales la mayor parte ha de perderse necesariamente.

Esto explica, en cierto modo, el aspecto probable de la flora de la tierra antes de la aparición de los insectos, flora escasa en especies á cuya multiplicación contribuyen no poco los mismos insectos y el color verde ó á lo más blanco de todas las flores. ¡Triste monotonía en verdad la de la primera infancia del globo, que contrasta con la infinita variación de su edad viril y de su misma vejez!

En cambio examínense las flores fecundadas por los insectos. Escóndense en su interior los órganos sexuales, protegidos por una corola alargada contra las inclemencias del tiempo. Son coloreados los pétalos con matices variables al infinito y allá en el nectario hay glándulas que segregan líquidos azucarados de exquisito aroma. Abrense estas flores en ramos que casi nunca son terminales y parece que en ellas la naturaleza ha dispuesto las cosas de modo adecuado para recibir á huésped que á la flor trae tan rico presente. Aquí no se pierde polen y no es preciso que lo haya en exceso; porque al insecto atraenle á la planta irresistibles encantos y por nada se posaría en otra flor.

Cuando se observa la coloración de las flores fecundadas por los insectos, puede preguntarse si sus matices atraen en realidad al animal, porque es observación ya antigua que cada flor es preferida por determinada especie de insectos. A fin de comprobarlo citaré tan sólo dos experimentos practicables con facilidad extraordinaria y en cualquier tiempo.

Obsérvese que las mariposas acuden siempre á flores de determinado color; en una planta cualquiera colóquense algunas de ellas artificiales ó aun sustitúyanse todas. Las mariposas acuden lo mismo, se posan en las flores artificiales y revolotean en torno suyo engañadas por la semejanza del color.

También pueden quitarse los pétalos de las flores predilectas de determinados insectos y no se les verá acudir á ellas aun cuando queden intactos los órganos de la germinación, lo cual demuestra que el color de los pétalos ejerce poderosa atracción sobre ellos.

Otras veces, para demostrarlo, se cubre la flor de un color distinto del suyo y habiendo varias en el mismo pie de planta, no se ponen nunca los insectos sino en aquella que tiene su coloración natural inalterable. Todavía los insectos que se alimentan de flores, dejan sin atacar las partes que se han coloreado previamente y sólo devoran las del color que les atrae.

Estos hechos demuestran, en mi sentir, dos cosas: el color de las flores ejerce acción sobre los insectos que las fecundan y éstos, á su vez, poseen en grado eminente el sentido del color y cierta especie de elección estética que puede causar en ellos una suerte de sentido artístico, tan primitivo y rudimentario como se quiera. Así, pues, en el solo hecho de la fecundación de las flores por los insectos hay lugar á establecer cierta serie de relaciones importantísimas entre unos y otros seres. Como en la naturaleza no existe nada inútil y sin objeto, puede afirmarse que entran por mucho en el acto especial de la propagación de las plantas estos que pudieran llamarse accidentes exteriores de la flor; porque si en la corola halla el insecto no sólo sabrosísimo alimento y materiales con que elaborar dulce miel, sino algo como satisfacción de un rudimentario placer estético, ya sirven para algo más que recreo de la vista los ricos aromas y los pintados pétalos, verdadero encanto de quien lleva en sus patas lo que ha de propagar tanta belleza y esplendor en serie indefinida de individuos.

Pero esto sería bien poco si tales condiciones de las flores no tuvieran otro carácter muy singular y notable. Fijando la atención sólo en el color, por ser la condición más saliente, he de hacer notar, que á excepción de algunos himenópteros, en los cuales no está bien estudiada la semejanza, el color de los insectos tiene grandes analogías con el de las flores que frecuentan, estableciéndose por esto una relación que hace pensar si las plantas pagarán la acción fecundante de ellos, dotándolos de sus mismos matices ó si las flores deberán en realidad su color á los insectos. Paréceme que ambas cosas son ciertas, en cuanto las flores debieron adaptarse primero á las condiciones especiales necesarias para atraer los seres á cuyas patas va adherido el fecundante polen y por adaptación también explícate que los insectos tomen el color de las flores que les sirven de alimento. Se puede probar lo primero examinando las corolas monocromas en relación con los insectos que de ellas se alimentan ó en ellas se posan, para lo cual es suficiente observar cómo las mariposas blancas van de ordinario á posarse en flores claras ó blancas y las oscuras acuden á su vez á las flores oscuras; libélulas, pulgones y otros insectos prefieren las partes verdes y en general aquellas que más se parecen á sus colores. En las corolas manchadas se nota siempre gran

conurrencia de insectos con manchas sobre una tinta uniforme y por punto general los colores vivos atraen siempre á individuos que también los poseen. Hay, pues, una estrecha relación entre los colores de los insectos y los de las flores; pero no relación tan sencilla como pudiera parecer á primera vista, sino dependencia mutua, en cuanto el matiz de no pocas corolas ha de deberse necesariamente á insectos que las frecuentan y han modificado en tiempo más ó menos lejano.

Es ya un hecho adquirido por la ciencia y confirmado plenamente con las observaciones de Hœckel en la India que casi todos los seres toman el color del medio en que viven, así que la fauna de ciertas regiones es de color verde, sobre todo varias especies de reptiles inofensivos, que sirven de alimento á animales mayores. Tal hecho, que no es otra cosa sino mero fenómeno de adaptación al medio, tiene dos objetos: hacer que el animal, por tener color semejante á las hojas ó á las flores, se libre de la persecución de sus enemigos, ó bien hacerle invisible para su presa, que puede cazar libremente protegido por la coloración. En punto á esto, la importancia del color en la naturaleza es tan grande que no sólo los insectos por las flores, sino unos por otros tienen predilección ó aborrecimiento á causa del color, dándose el caso de ver un insecto atacado por otro, defenderse presentando un matiz determinado, y cadáveres medio devorados con algunos puntos de distinto color que el general del cuerpo, perfectamente intactos como si preservaran del cruel enemigo.

Cuanto va dicho es suficiente para demostrar las mutuas influencias y relaciones de flores é insectos, cuyo papel en la naturaleza se completa y cuyo trabajo, por demás interesante, demuestra los medios ingeniosos por los que la vida se continúa en formas infinitas. Como en el hombre los sentidos constituyen los intermediarios por los que el mundo exterior penetra en nosotros, así en los insectos valen y contribuyen á establecer una vida de relación, si en círculo más limitado y estrecho, no menos interesante y digno de estudio que la vida de relación del hombre mismo, ya que no sólo en lo grande sino quizás con mayor claridad en lo pequeño se ven confirmadas aquellas eternas é inmutables leyes por las que se rige la variación de las formas.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

CARTA DE AMERICA

Nueva Orleans. - Los buques y su cargamento de algodón. - Las prensas del algodón (*cotton presses*). - El Mississippi y el cultivo de naranjas.

En 20 de diciembre de 1803, Francia cedía la Luisiana á los Estados Unidos, y Nueva Orleans se convertía en americana; pero la influencia del carácter francés, á pesar de los ochenta y tres años trascurridos, es todavía muy sensible en esa gran ciudad, que cuenta hoy más de 216,000 habitantes, de los cuales unos 20,000 son franceses. La alegría y el movimiento que reinan en las calles no tienen el carácter que predomina en las demás ciudades de los Estados Unidos; y en ciertos barrios, el viajero podría creer que está en país francés. Este idioma, por otra parte, hállase aún muy generalizado; los anuncios y los edictos se traducen hoy al francés; y los habitantes de los barrios bajos de la ciudad no podrían vivir en ellos cómodamente sin estar familiarizados con esa lengua.

Muchos nombres de calles y rótulos de tiendas son puramente franceses. Los antiguos colonos y los representantes de Francia en esa ciudad han dejado profundos recuerdos; pero de día en día desaparecen gradualmente, y sin duda muy pronto se perderán para siempre.

Seguramente no hay en el mundo puerto más extraño y pintoresco que el de Nueva Orleans.

Desde setiembre á diciembre una multitud de trabajadores negros y mulatos se ocupa en recolectar el algodón en el interior de la provincia; en los trenes del camino de hierro, y particularmente en los buques, se cargan cantidades enormes, y el movimiento de los negocios es considerable.

Los buques mercantes, que parecen fortalezas flotantes con muros formados por pacas de algodón, llegan de todas partes para inundar muelles y almacenes con los productos cosechados. En un solo cargamento, uno de esos inmensos barcos conduce á veces más de 8,000 balas de algodón.

El que representamos en la fig. 1, el vapor *Henry Frank*, mide 95 metros de longitud y puede contener sobre 2,600 toneladas. Su cargamento se componía de 9,226 balas de algodón, 1,213 sacos de simiente del mismo, otros 1,224 de *oil cake*, ó sean tortas de simiente de lino, 500 sacos de grano de diversas clases y 27 fardos de toda especie. Este conjunto era equivalente á la enorme cifra de 10,226 balas de algodón reunidas.

A su llegada á Nueva Orleans, el 2 de abril de 1881, este vapor produjo sensación en los muelles de desembarque, y su capitán J. F. Hicks fué objeto de una ovación, pues jamás se había visto hasta entonces un buque de aquella especie con tan considerable cargamento.

Uno de nuestros grabados (fig. 3) representa un buque análogo; es el vapor *E. D. Richardson*, sin cargamento alguno, como es fácil ver.

El método para cargar es curioso. El vapor tiene una inmensa sala central, que ocupa casi toda la longitud

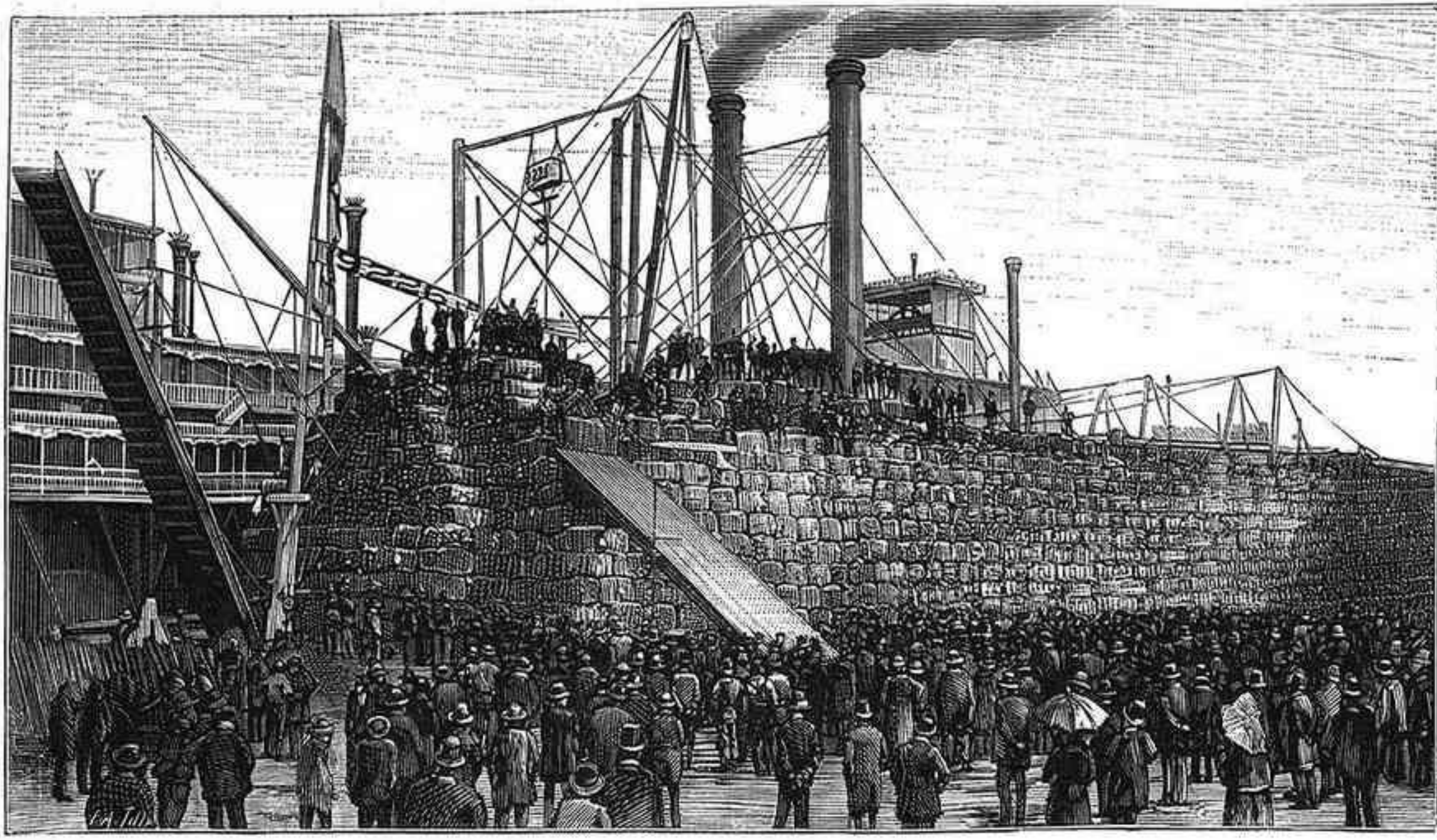


Fig. 1.—VAPOR CARGADO DE BALAS DE ALGODÓN, EN NUEVA ORLEANS

de su puente, destinada para los viajeros, limitada á ambos lados por los camarotes, que tienen cabida para más de 200 personas, y por las diversas dependencias para el servicio. Esta sala recibe la luz de una galería cubierta, que sirve al mismo tiempo para la circulación exterior; el primer piso está construido lo mismo, el segundo corona estas galerías de maderamen, adornadas con cierta elegancia. Al nivel del puente, un ancho entarimado saliente, sostenido sólo de trecho por las armaduras de hierro que forman parte de la construcción de la sala grande y de los camarotes, aumenta la superficie general del vapor. Este entarimado forma un bao considerable; el del *Henry Frank* mide 17 metros de anchura, y en su superficie se comienza á colocar las balas de algodón, poniéndolas de modo que oculten completamente las salas y galerías donde están los viajeros, y teniendo cuidado de dejar los huecos necesarios para que penetre suficiente aire y luz. Terminada esta operación, las balas llenan los costados del buque, subiendo hasta la galería superior, donde los viajeros pueden circular.

El peso de este cargamento hace que el barco se sumerja mucho; de modo que el nivel del agua alcanza casi á la primera línea de pacas que están en el entarimado N. (cada bala pesa unas 450 libras), y con frecuencia la moja, á causa de los movimientos del buque.

Cuando los cargamentos se desembarcan en el muelle, los traficantes llegan al punto para comprar lo que necesitan, é inmediatamente se envían las balas á las *cotton presses* (prensas de algodón) para comprimirlas.

Una de las cosas más características de la ciudad es el barrio donde se hallan estos vastos establecimientos; cuéntanse unos 25 en Nueva Orleans, y la instalación de cada uno de ellos ha podido costar de 400,000 á 500,000 pesetas. Contienen gran número de prensas de diferentes modelos, pero los más usados son los que llaman *Taylor's hydraulic* y *New Morse*. Este último está en favor desde 1877, pues cuéntanse en la ciudad 55 prensas *New Morse*; mientras que sólo hay 32 de *Taylor*. Mr. Morse, que es el inventor de estas magníficas máquinas, ha fabricado muchos modelos desde 1872, pero el último, el que se llama *Nuevo Morse*, parece reunir todas las condiciones de economía, solidez y fuerza. Muchas de estas prensas han comprimido ya de 500,000 á 1.000,000 de balas sin haber sufrido aún el menor deterioro. Es curioso ver estas máquinas cuando funcionan: varios negros cogen la bala de algodón y la colocan debajo de la prensa, que al punto se pone en movimiento (fig. 2), aplanando el fardo con su formidable peso (5 millones de libras) y reduciéndole á unas tres cuartas partes de sus primitivas dimensiones. Arrollada en un lienzo ordinario, la bala se sostiene y queda sujeta por unos flejes de hierro que se pasan

á través de unas muescas practicadas al efecto en las planchas de compresión; los operarios fijan después los flejes, y la máquina arroja la bala de algodón para recibir otra. Los flejes de hierro han sustituido á las cuerdas que antes se empleaban, lo cual es un gran adelanto: fueron inventados, y después simplificados por los ingenieros M. Lewis Miller y S. H. Gilman.

Gracias á las prensas, los buques tienen la ventaja de poder cargar un número mucho más considerable de balas de algodón, y por eso pagan un derecho de 65 centavos ó 3'25 pesetas por bala. Se exportan anualmente unos 2.000.000.

Las dos terceras partes de la población de esta ciudad se ocupan en este tráfico, pudiéndose apreciar en 500 millones de pesetas el valor de la exportación anual de esa primera materia.

Una de las más importantes cuestiones que debían resolverse respecto á las máquinas de comprimir era averiguar si la calidad del algodón sería siempre la misma cuando la bala hubiese sufrido la acción de la prensa.

Asegurábase generalmente que el algodón no se hilaba bastante bien cuando se había comprimido, y que su calidad era inferior á la del que no estaba prensado.

Los fabricantes del norte de los Estados Unidos eran de este parecer, pero según la noticia que M. J. C. Hemphill publicó en el *Special report n.º 47, Departement of agriculture of Washington*, vemos que en Inglaterra no se participa de esta opinión. Después de algunos experimentos practicados con balas procedentes de las provincias de la India, las ideas sobre el particular han cambiado aquí, y por otra parte, M. Dumont, gran fabricante en el condado de Gaston, en la Carolina del Sur, parece haber demostrado, después de practicar muchas pruebas, que lejos de disminuir las buenas condiciones del algodón, mejorábase por el contrario con las prensas. Entre otras cosas, observó con asombro que el algodón comprimido tenía menos pérdida y que resultaba, por lo tanto, un producto más abundante. El hilo fabricado con algodón sin comprimir era tal vez más fuerte; pero la ligereza y regularidad del otro eran superiores, y estas son las cualidades que se consideran hoy de más importancia.

El puerto de Nueva Orleans es uno de los primeros de los Estados Unidos.

El Mississippi es magnífico.

Si se quiere llegar á la desembocadura del río, en el Golfo de México, el viaje durará unas doce horas; pero el grandioso panorama que se ofrece á la vista durante este tiempo es tan interesante con sus variados aspectos, que no puede existir la monotonía.

En sus partes más bajas el río tiene cerca de 50 metros de profundidad; el barco se acerca á menudo á la orilla,

y el camino que debe seguir varía según las estaciones, pues el canal se halla tan pronto en el centro del Mississippi como en las márgenes.

Las sinuosidades son numerosas; los campos de cañas de azúcar y los arrozales cubren los campos, así como los grandes plantíos de naranjas.

Los árboles cubiertos de flores y frutas embellecen las orillas, formando deliciosos marcos en las casas y las hermosas quintas de los cultivadores ricos del país.

El comercio de naranjas es considerable en las orillas del Mississippi, en los alrededores de Nueva Orleans. El naranjo no comienza á producir fruto en estas regiones sino al cabo de seis años, y cuando llega á esta edad, puede dar hasta 3,000 naranjas al año; un poco más tarde se recogen en el mismo tiempo hasta 6,000; hasta se habla de árboles que dieron 8,000; pero estas son excepciones.

La conservación del naranjo da muy poco que hacer; por 2'50 pesetas al año un jornalero se encarga del trabajo.

Para comprender el enorme beneficio que un solo árbol produce á un propietario, bastará saber que el ciento de naranjas se vende á razón de 15 pesetas.

Los paisajes se siguen unos á otros, iluminados por los rayos del sol; son cuadros resplandecientes de luz, de un aspecto verdaderamente fantástico. El cultivo es más raro á medida que el viajero se aproxima á la desembocadura del Mississippi; sólo se ven algunas granjas sombreadas por añosos árboles cubiertos de líquenes, que los invaden poco á poco y acaban por matarlos. La gente del país re-

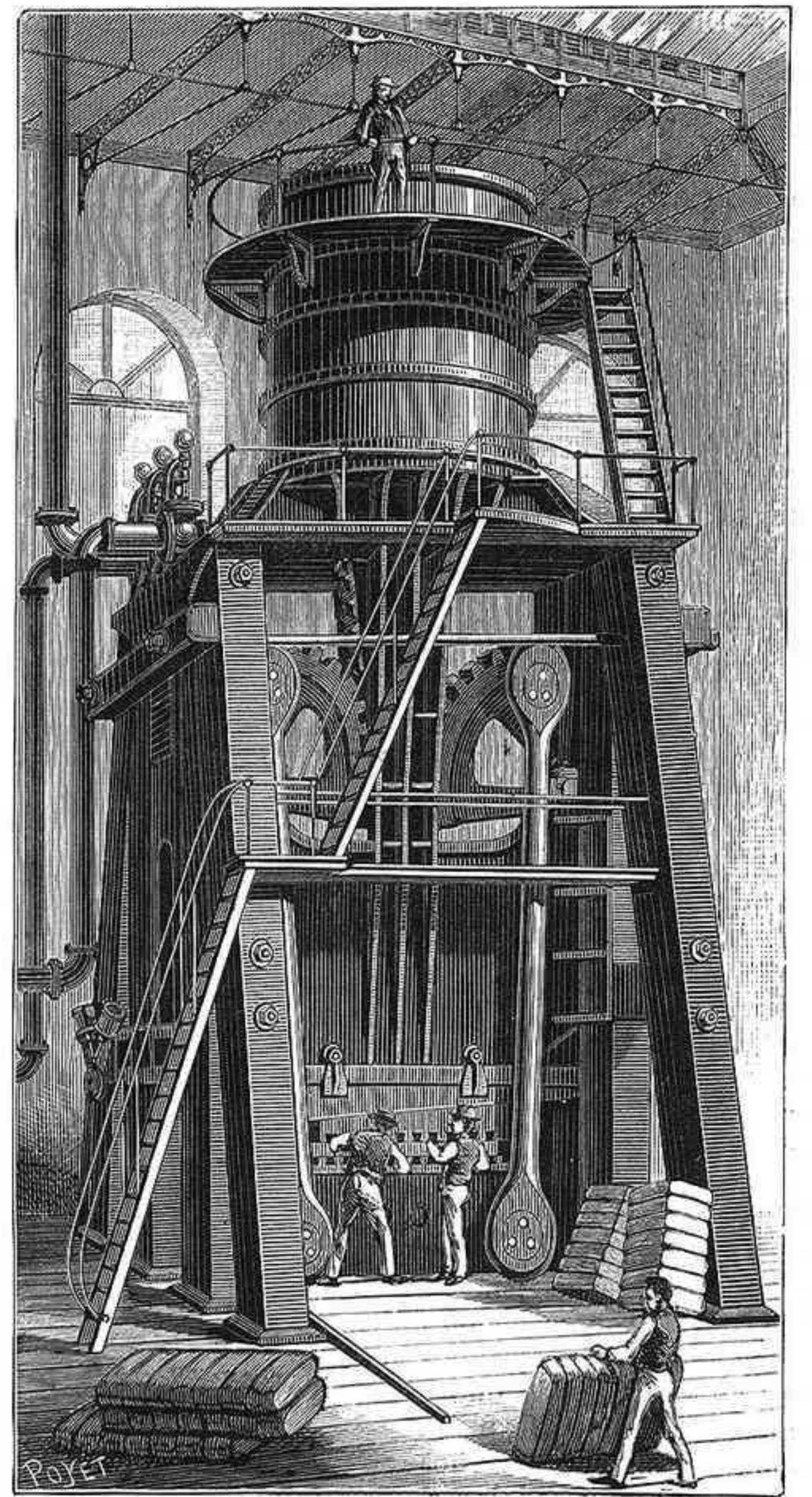


Fig. 2.—Prensa hidráulica usada en Nueva Orleans para embalar el algodón

coge esas plantas parásitas, y después de secarlas empléalas para los mismos usos que las algas que recogemos en nuestras costas.

En este largo trayecto se encuentran muchos buques; he visto, entre otros, un pequeño vapor que se acercaba á nosotros con gran celeridad: era el vapor-correo que hace el servicio para los pueblos y campos ribereños. Cuando este barco está próximo á la orilla, echa una especie de puente levadizo; tres hombres bajan al punto, empujando hacia tierra, barriles, paquetes y otros objetos, bastando un minuto para esta maniobra; los hombres vuelven al barco, levántase el puente levadizo, y el vapor prosigue su marcha para ir á depositar cartas y paquetes en otra parte, siendo tal su rapidez, que cualquiera diría que ha desaparecido como por encanto. El río comienza á estrecharse por fin; las orillas están cubiertas de cañaverales, así como también los terrenos arenosos poblados de una infinidad de aves silvestres que huyen desfavoridas al oír el ruido del vapor. El delta del Mississippi ocupa un territorio inmenso, donde los desiertos pantanosos ocupan una extensión que se pierde de vista. La salida del río es muy estrecha, pues hállase encajonada por muelles toscamente construidos sobre estacas con fagnas, entre las cuales se han colocado piedras; sólo tiene una anchura de 200 pies, que da entrada al golfo de México.

ALBERTO TISSANDIER

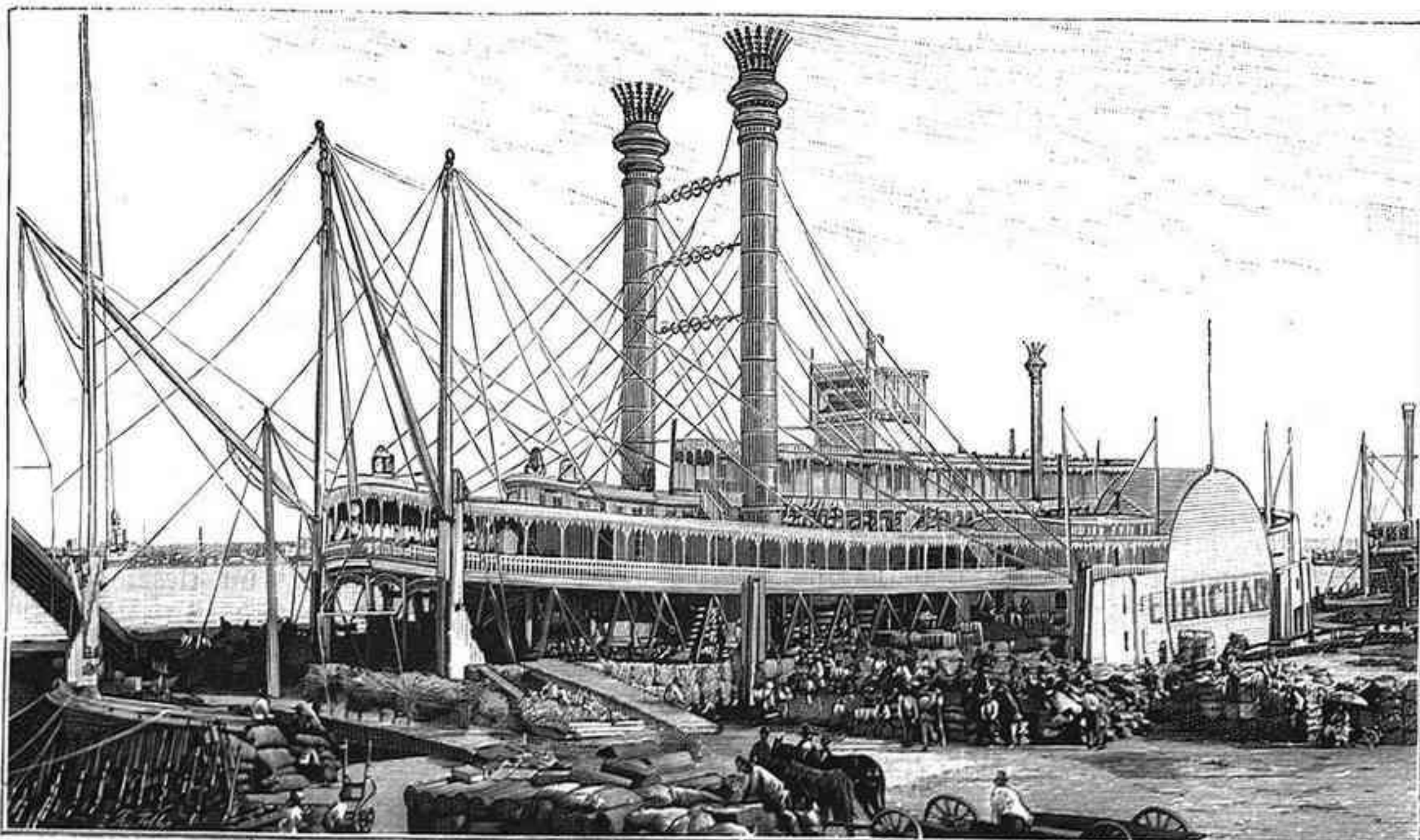


Fig. 3.—VAPOR DESCARGADO DE LAS BALAS DE ALGODÓN

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Sabiendo que mis remeros son impresionables y alborotadores, tengo en este instante la feliz idea de mandar recoger velas, excepto el foque. El agua toma un tinte terroso, y las olas son cada vez más verticales: estamos en la barra. Una ola enorme se precipita contra la embarcación, levántala como una pluma y déjala detrás; entonces flota sobre una agua amarilla, unida como el hielo, pero de pronto vemos avanzar por la proa, dominando esta superficie plana, y con la rapidez de un escuadrón de caballería que va al galope, una ola vertical como un muro, coronada de espuma; el cielo presenta un color plomizo, el viento sopla con furia, el aspecto es verdaderamente siniestro.... Pocos segundos después prodúcese el choque; la barca desaparece en medio de torbellinos de espuma, con un estrépito que domina los gritos de la tripulación; la embarcación no sobre nada sino con el auxilio de los balancines, porque está llena de agua, pero hemos avanzado medio cable, y mi gente tiene tiempo para vaciarla casi antes de llegar la ola siguiente; repítase la escena ocho ó diez veces, y el último choque nos lanza al río de Gigaquit.

Las diversas piezas de mi equipo sobrenadan suavemente en el fondo de la barca: furioso al ver esto, cojo al timonel por el cuello y le grito: «¡Miserable *talisan!* (1) ¿Cómo te atreves á venderte por piloto si nunca has navegado por aquí?»

—Dispense usted, caballero, — me contesta, — conozco perfectamente la costa.

—Entonces ¿por qué no me advertías la dificultad de esta barra?

—Dispense usted, caballero; parecía usted tan enojado en el momento de marchar, que no me atreví á hacerle observaciones.

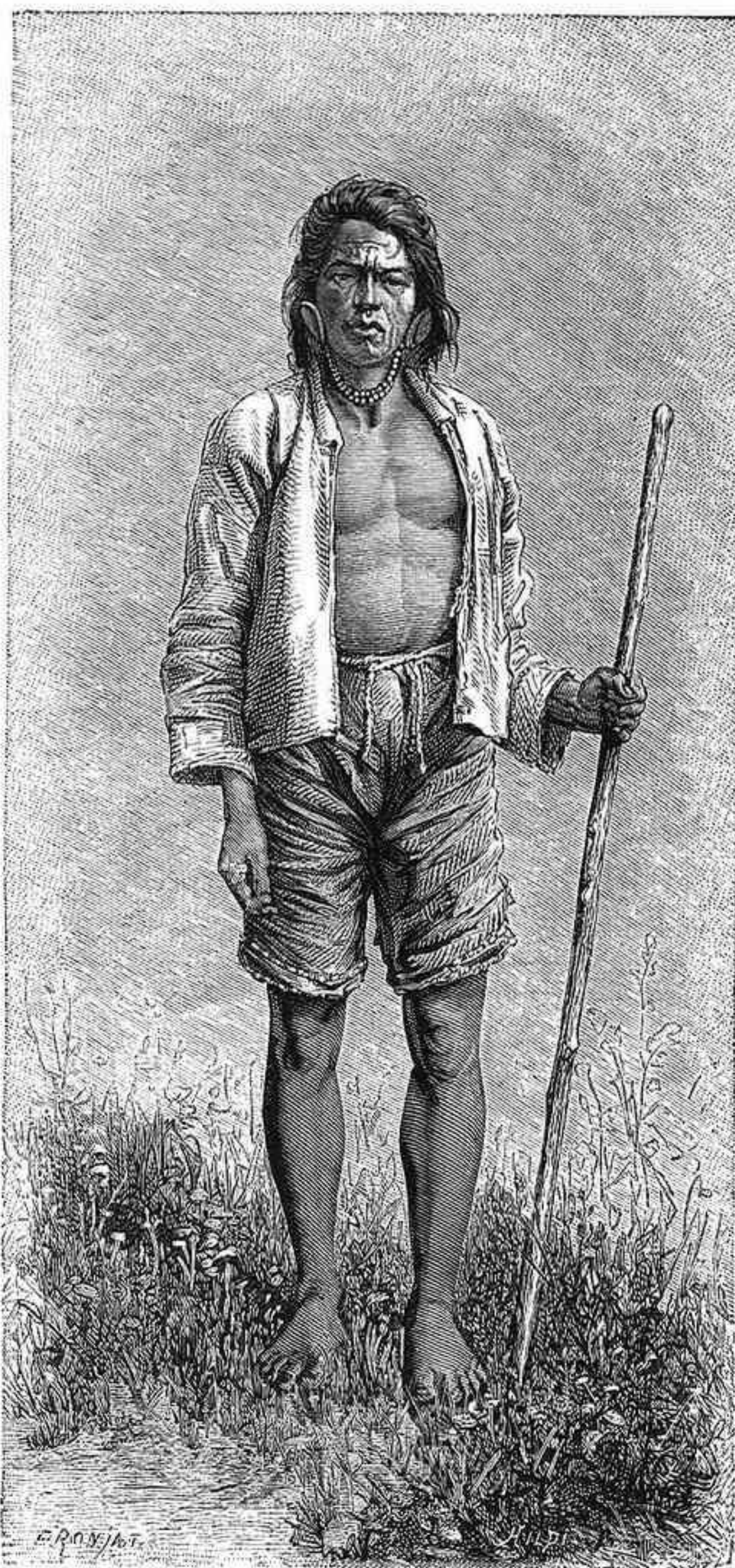
En la orilla del río elévase el convento de Gigaquit; en el instante en que voy á entrar, un europeo, tan mojado como yo, llega por otro lado: es el P. Puntas; ambos llevamos la ropa pegada al cuerpo, y no podemos menos de reírnos al vernos. El P. Esteban Yepes, misionero de Gigaquit, acude presuroso y recíbeme cordialmente, como todos sus hermanos. El convento es grande, con tejado de palastro bien seco; una buena hoguera encendida en un cobertizo me permite limpiar bien todos mis objetos, y á fe que la tarea no es nada fácil, pues únicamente los cronómetros, bien preservados en su caja, no se han mojado.

El P. Yepes me dice que en la presente estación todas las barras de los ríos que van á verterse en el Pacífico son peligrosas, y que los de Gigaquit y de Catel son los peores. Las barras y las grandes olas, tan temidas de los indígenas, reconocen la misma causa. Desde noviembre á abril, época en que sopla casi continuamente el viento nordeste, el mar se desencadena sobre la costa oriental de Mindanao, que no está resguardada, y que no tiene puerto alguno. Las olas que se forman en la inmensidad del Pacífico encuentran bruscamente los fondos bajos constituidos por los bancos de zoófitos, y adquiriendo entonces una gran elevación, estréllanse violentamente, rodeando la costa de una faja de espuma que se prolonga desde Placer hasta la bahía de Mayo.

En los alrededores de Gigaquit la costa está constituida por altas y empinadas montañas, que siguen todas las direcciones, sumergiéndose en el mar con pendientes muy escarpadas. Los plantíos de abacá, el lavado de las arenas auríferas y la explotación de los bosques son los principales recursos de la costa comprendida entre Gigaquit y Surigao, mucho más civilizada que la región que se encuentra al sud de Bislig.

16 enero. — El tiempo, cada vez más desfavorable, impide hacerse á la mar; la marejada es enorme; graniza continuamente, y según me dicen, este es el tiempo normal hasta abril ó mayo; pero es preciso hacer la última tentativa para avanzar hasta el sud.

Aprovechándome de un día claro, franqueo, durante la marea baja, la barra de Gigaquit, enderezando el rumbo hacia la punta de Tugas; pero todos los esfuerzos de la tripulación son infructuosos, pues la barca se mantiene inmóvil. Estas embarcaciones, cuyas cualidades elogian algunos viajeros, son por el contrario detestables; los balanci-



Viaje á Filipinas. — El dato Manobo (centro de Mindanao)

nes entorpecen la marcha; la forma de su casco impide adaptar un verdadero timón (se suple esta falta con un remo corto, fijo en la proa, no habiendo por lo tanto fuerza ni precisión); y por último, su estabilidad desaparece por una fuerte marejada, cuando no se gobierna á favor del viento. El pobre Francisco, arrebatao por una ola, cuando estaba sujetando el balancín de babor, desaparece en un torbellino; mas por fortuna tengo la suerte de pescarle en el momento en que vuelve á salir á la superficie. Este accidente me induce á no dirigirme á Bislig por mar; llegaré antes atravesando de nuevo Mindanao hasta Bunauán, y llegado aquí, franquearé la cordillera, que se eleva entre el lago de Linao y el Océano Pacífico. En su consecuencia pongo la proa sobre Plaur, á donde

llego difícilmente; la brisa, al principio favorable, es demasiado fresca; el viento salta bruscamente al Norte, arrebatándonos la vela mayor; mis hombres comienzan á no saber ya lo que hacen; y en este momento la barca, desliziéndose con la rapidez de una flecha, estréllase contra las orillas de Plaur antes que yo pueda evitarlo. Afortunadamente, los que la tripulan llegan á tierra, y entro en Tagamán á las siete de la tarde, donde comiendo con el P. Plana y el hermano Pablo Aguilar, olvido las fatigas de este penoso día.

Mi patrón me asegura que los siniestros como el que acabo de presenciar son muy frecuentes. Cuando un bisaya se embarca, lo hace siempre con la misma imprevisión; iza su vela y la amarra sólidamente para no tocarla más; franquea las barras á todas horas, y aunque todos los años se ahogan varios indígenas en la de Gigaquit, el ejemplo no corrige á nadie.

Por regla general, los bisayas no emprenden nunca un viaje cuando hace mal tiempo; por lo tanto, son poco marinos, y cuando les sorprende un chubasco se aturden muy pronto.

17 enero. — De vuelta á Surigao, sólo permanezco aquí algunas horas, el tiempo necesario para saludar al señor coronel Bacaj y á los españoles á quienes he tenido el gusto de conocer. El P. Luengo, almorzando conmigo, me reprende amistosamente por no haber seguido sus consejos; si lo hubiera hecho, ciertamente estaría ahora en Bislig; pero es preciso intentar las cosas á menudo para conseguir el objeto alguna vez.

Prosigo mi marcha á la una y media de la tarde. Después de doblar la punta Punsán, y hallándome á las seis y media en la costa de la bahía de Butuán, á los 9° 30' de latitud, reconozco claramente la diferencia de las mareas en la costa Este y Oeste de la península de Surigao, causa de las corrientes alternadas que pasan por esta península, y que en los sitios estrechos alcanzan una violencia extraordinaria. En este momento el mar está muy bajo en la bahía de Butuán, y por el contrario alto en Gigaquit, según he observado hace tres días.

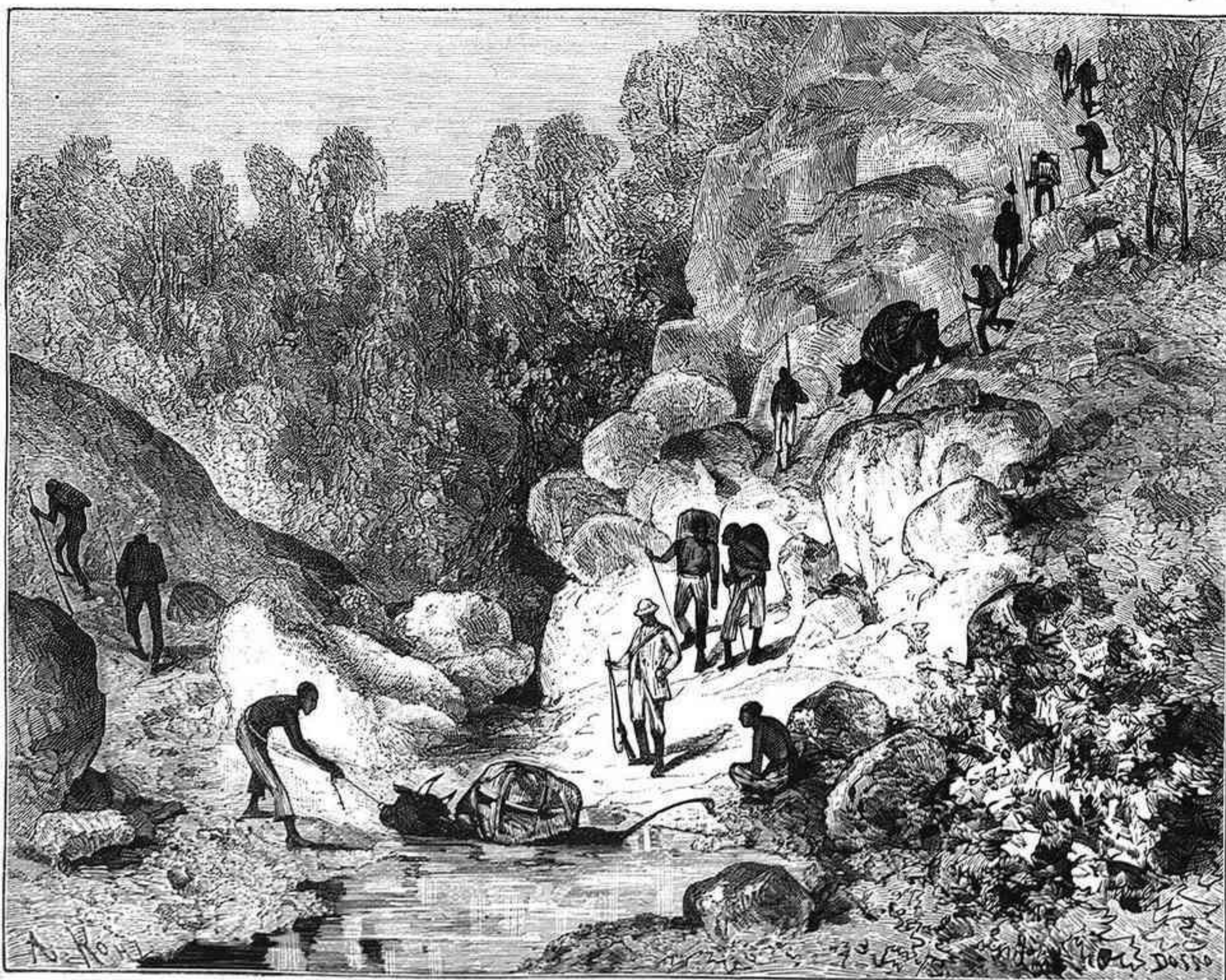
El 19 llego á Butuán y remonto de nuevo el Agusán aunque muy lentamente, porque el río tiene una crecida enorme, que me impediría hacer hoy el trazado de su curso. Los nuevos pueblos indígenas conquistados han sufrido mucho por la inundación; y al hacer un pedido de víveres, el capitán de Guadalupe me contesta: «Me muero de hambre.» Todas las plantaciones están destruídas; en Amparo, los habitantes carecen de sustento; las casetas han quedado desiertas, habiéndose llevado los que las ocupaban sus víveres y utensilios, y esto se ha convertido en una soledad.

En San Luís me dicen que yo soy la causa de la deserción de los habitantes de Amparo. En efecto, al descender por el Agusán he medido varios indígenas para conocer á punto fijo su talla, pues me dijeron que eran de raza pura; esta operación, inexplicable para ellos, les ha parecido sospechosa, y su antiguo jefe, que echaba de menos su independencia, los ha inducido sin dificultad á seguirle al bosque.

Mis observaciones astronómicas han sido otra causa de desconfianza para los ribereños del Agusán, que han forjado ya una leyenda sobre el hecho y me la dan á conocer ingenuamente. «No es natural, me dicen, lo que tú haces; por fuerza has de ser mágico para mirar al sol con un instrumento tan extraordinario (hablan de mi sextante), que debe estar encantado. Con él descubres las cosas

ocultas detrás de las montañas, y en los más espesos bosques; trazas su posición en tu papel, y después volverás con los *Castillas* para entregarles á todos los *Infieles*.»

Siento mucho haber interrumpido involuntariamente la obra de los misioneros, que me acogen tan cordialmente. Me parece extraño que no se produzcan más á menudo las deserciones, pues la sujeción aniquila al dato, no dejándole más que una mujer; su autoridad como *capitán* ó *teniente* es muy dudosa; y en cuanto á los esclavos, sólo después de largo tiempo aprecian las ventajas del nuevo régimen. Gracias á su indiferencia, no les inquietan los azares de la vida salvaje, y por el contrario admiten difícilmente la obligación de construir una caseta para cada familia, un tribunal, una capilla y un desembarcadero; el dato les imponía el deber de seguirle á la guerra, pero este servicio les agradaba por la perspectiva del botín.



Viaje á Filipinas. — Marcha por la costa oriental de Mindanao

(Continuará.)

(1) Bandido, en dialecto bisaya.